una ley sobre la extincion de los señoríos. Pretendiendo en ella acabar no solo con las jurisdicciones, sino con las pretensiones, y aun con cierta clase de propiedades que de lo jurisdiccional traian su origen, los aprobantes del nuevo proyecto inquietaban á los poseedores en la posesion, obligándolos á probar con algunos títulos su derecho á tenerla. Ponderaban los de la opinion opuesta la injusticia de semejante proceder, insistiendo en que toca á quien pretende despojar probar en qué se fundan sus pretensiones. No faltaron argumentos á los partidarios del despojo, los cuales los encontraron abundantes en documentos en que los consejos y otros cuerpos ó personajes volviendo por la corona contra los grandes sustentaban el derecho de la primera á recobrar en beneficio del procomun propiedades con que los segundos se habian alzado en épocas remotas de turbulencia y desenfreno. Replicaban á éste que parecia mal en los parciales de un gobierno fundado en las leyes y el respeto á todos los derechos arreglarse á doctrinas de quienes creyendo la potestad real onnímoda defendian actos de violencia contra los propietarios en utilidad del Estado representado en el monarca. Hubo eruditos discursos en este debate, algunos de ellos mas de la clase de tratados sobre la materia ventilada, que de oraciones parlamentarias. Señalóse el diputado Martinez de la Rosa, defendiendo á los señores con persuasiva elocuencia. En las filas contrarias militaban muchos de los tenidos por moderados en las ocurrencias de setiembre. Recobró en esta ocasion el diputado Calatrava el renombre que habia ganado en las córtes de Cádiz, dando pruebas de elocuente, con lógica severa, estilo sin ser florido elegante y grato, y mediano calor, deslustradas estas prendas con cortedad y mala clase de conocimientos, preocupaciones, y un ódio á todo linaje de superioridad, afecto peculiar de hombres de condicion tirana. En la votacion perdieron los señores. Habria sido muy de notar el silencio de los ministros en cuestion de tanta monta, si no fuese entonces costumbre en el gobierno no mezclarse en lo que trataban las córtes, salvo en los casos especiales en que á ello era provocado. Negó el monarca su sancion á la ley propuesta, y aun aquellos á quienes disgustó la negativa no culparon por ella al ministerio persuadidos de que no era suyo el negocio.

Acometieron asimismo las córtes la grande obra de una reforma radical en el sistema de Hacienda. No habia mejorado la de España con la revolucion, la cual, como todas, habia desordenado completamente tan importante ramo del servicio público. En el año anterior el ministro Canga Argüelles, aunque era honrado y celoso, así como no falto de inteligencia, con su inquietud y deseo de aliviar á los contribuyentes habia causado no leves perjuicios. Contratóse entonces un empréstito, y si bien no con ventaja, tampoco con perjuicio considerable. Fueron extranjeros los prestamistas y en tierras extrañas era donde principalmente corrian las acciones, no sin crédito atendiendo à cuál era la situacion del gobierno español, y à que todavia los fondos de nacion alguna distaban bastante de llegar á la altura á que posteriormente se han remontado. Sin embargo, el clamor vulgar desaprobaba que à los extranjeros se recurriese sin considerar que abierto estaba el camino para que prestasen los